

El osezno Febezno en Konkilandia

Tony Custer

Ilustraciones: Rubén Sáez

loqueleo



CAPÍTULO 1

El osezno Febezno parte a la aventura



Era una linda mañana de verano y el osezo Febezno saltó muy temprano de su cama. (Recuerden que le dicen osezo Febezno porque su papá, el señor oso, no era muy bonito, y los hijitos de los otros animales del bosque, que lo querían mucho, lo llamaban oso Febo. Cuando nació su osito, le pusieron Febezno).

7

El osezo entró al baño con la intención de bañarse, pero el agua estaba muy fría. Entonces puso una patita peluda en el agua y se echó cuatro gotas, una detrás de cada orejita redonda y una debajo de cada brazo.

Se sacudió hasta la cola con un «BRRRR» muy fuerte y pensó: «Tengo ganas de ir a ver cosas nuevas. Creo que voy a ver qué hay del otro lado del cerro Negro, nunca he estado allí» (y es que el osezo es, como todos lo saben, además de valiente y cortés, un osito muy pero muy curioso). Mientras se ponía su gorra, escuchó la voz de su mami:

—¡Febeeeznooo, ven a desayunar!

Salió corriendo de su cuarto y entró a la cocina donde estaba su mami, la señora Osa.

—No puedo, no tengo tiempo, momi; me voy a explorar.

—Bueno, entonces lleva esta merienda contigo

—le respondió su mamá, que ya conocía lo aventurero que era su hijo.



—Ya, momi, gracias —dijo Febezno.

—Ah, y, Febezno, no te pierdas —respondió su mamá—. Tienes que volver para la comida.

—Ya, momi, chau.

Y diciendo esto, el osezo Febezno partió a la carrera de su cueva, con su merienda en una servilleta de cuadros colgada de un palito.

La mañana era una de esas que le ponen alas muy grandes al corazón, no importa la edad que tenga el niño. El aire tenía un sabor muy rico y el bosque olía a hojas nuevas y frescas; los pájaros, las flores, los árboles, todo se veía más grande y claro, de colores fuertes y lindos.

El osezo Febezno anduvo en zigzag por el bosque, saludando y conversando con las plantas y los árboles, y bailoteando un poco, moviendo la colita *pa'aquí* y *pa'allá*.

El osezo saludó con un «Buenos días» —muy educado— a las plantas. A un magnífico pino le dijo: «Es un lindo día, ¿no? No sé por qué, pero creo que hoy va a suceder algo muy



pero muy especial». Y el gran pino le sonrió porque, como todos en el bosque, él quería mucho al osezno, que era muy especial (porque ¿acaso conocen a otro oso que les hable a todos los animales y también a las plantas?).

—Hola, osezno.

—Hola, osezno —le dijeron en coro la familia de ardillas Nuecesillas.

—Hola, osezno.

—Hola, osezno.

—Febezno, *ciao* —le cantaron Luciano y Celesteaida Chicheñor, una simpática pareja de ruiseñores.

En la oscuridad de un tronco de árbol, el murciélago Archipiélago, que estaba colgado de cabeza, se despertó y le dijo (al revés):

—Aloh, onzesno Onzebef.

Pero, por saludar al murciélago Archipiélago, el osezno se tropezó con la misma raíz con que siempre se topaba su popi y, ¡PUM!, ¡se cayó de pompis al piso!

Sentado en el camino, vio de repente a Mariano, un gusano gordo que, con cara de susto, pasaba apurado por allí. El osezno se agachó y, poniendo su naricita casi en el suelo, lo saludó con una amable sonrisa y con los ojos un poco bizcos:



—¡Hola, Mariano! Disculpa si casi me siento encima de ti.

Luego se levantó el oseño y partió a la aventura.